

Ediciones Lucas

A close-up photograph of a hand with light skin and pink nail polish placing a dark blue puzzle piece onto a larger blue surface. The surface is covered with other puzzle pieces and faint white numbers, suggesting a complex task or a path. The lighting is soft, highlighting the texture of the skin and the interlocking shapes of the puzzle pieces.

“LA MEDIDA BÁSICA PARA SEGUIR AL SEÑOR EN LA DIMENSIÓN VIVENCIAL Y PERSONAL CON ÉL”

EL-011124-101

“LA MEDIDA BÁSICA
PARA SEGUIR AL
SEÑOR EN LA
DIMENSIÓN
VIVENCIAL Y
PERSONAL CON ÉL”

© 2024 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referencias han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: noviembre 2024

Escrito y editado por: Josué Galán y Roxana de Abarca

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EI-011024-100

LA MEDIDA BÁSICA PARA SEGUIR AL SEÑOR EN LA DIMENSIÓN VIVENCIAL Y PERSONAL CON ÉL

“Y cierto escriba se acercó y le dijo: Maestro, te seguiré a dondequiera que vayas. v:20 Jesús le dice: Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza”.

Mateo 8:19

De este pasaje podemos sacar una lección muy importante y es que, para seguir al Señor hay una medida básica que Él le pide a todo aquel que quiere caminar y tener una relación más profunda con Él. El Señor no sólo quiere tener una relación con nosotros a nivel de nuestro espíritu, sino a nivel de nuestro presente psicológico continuo. El Señor desea relacionarse con nosotros a nivel de nuestro “yo” existencial y vivencial, es decir, a nivel de la conciencia que tenemos en nuestro diario vivir. Para que esto suceda tenemos que estar conscientes de que hay una medida básica que el Señor espera de nosotros.

La llegada del Espíritu Santo a nuestro espíritu es un asunto que sucede por fe y por pura gracia. Pero la llegada del Espíritu de la Realidad a nuestro corazón sucede de manera diferente, requiere que se cumplan ciertas condiciones. Que el Señor nos visite ocasionalmente es un asunto que depende de Su Gracia, pero que Él se quede a morar en nuestro

corazón dependerá de ciertas condiciones básicas, aunque a la vez muy profundas y de gran precio.

Necesitamos saber cuáles son los primeros pasos que debemos dar para atraer al Señor y que Él empiece a caminar con nosotros. La tarea de nosotros como creyentes es avanzar. No debemos quedarnos estancados en la comunión que podamos tener con el Cuerpo de Cristo, sino valernos de esa esfera preciosa para avanzar en nuestra relación con el Señor. No debemos conformarnos sólo con tener una relación a nivel espíritu, sino tener una relación con el Señor a nivel de nuestro corazón.

Veremos, entonces, a través de este pasaje un ejemplo de lo que el Señor espera de nosotros. Este escriba se le acercó al Señor y le dijo: “Maestro, te seguiré a dondequiera que vayas”, en otras palabras lo que él quería era tomarse de la mano del Señor, tener la bendición de tenerlo presente en su vida. Ante tal petición el Señor le contesta con una metáfora muy conocida: “Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza”. Con estas palabras el Señor quiso decirle lo siguiente: “Tú me estás diciendo que me quieres seguir pero necesitas saber que hay un problema común en la mayoría de los que anhelan esto, y es que Yo (el Señor) no tengo el lugar que me corresponde en sus vidas”.

La mayoría de creyentes son “domingueros”. Cada día domingo los creyentes nos disponemos para reunirnos, alabamos al Señor, tenemos

comuni3n con los hermanos, etc. pero despu3s de eso el Se1or ya no tiene ning3n espacio en nuestras vidas. Si queremos tener al Se1or en nuestra noticia, es necesario que le abramos un espacio en nuestra alma y, para decirlo m3s espec3ficamente, necesitamos darle el lugar que le corresponde en nuestro coraz3n. S3lo si el Se1or mora en nuestro coraz3n podremos mantener una relaci3n profunda y palpable con 3l.

El Se1or prometió no s3lo estar “en” nosotros, sino “con” nosotros. 3l nos prometió Su compa1a, nos prometió morar y caminar con nosotros. Nos prometió una experiencia tal como lo que decía el salmista David:

“Veía al Se1or siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido”

(Hechos 2:25)

Ahora bien, para que estas palabras de David se conviertan en nuestra experiencia, necesitamos tener al Se1or en nuestro coraz3n.

En la Biblia, la palabra “coraz3n” casi siempre se utiliza para referirse al “ser humano” o al “ser” del hombre. En muchos pasajes la Biblia habla espec3ficamente del esp3ritu, el alma y el cuerpo; por lo tanto, tales pasajes no debemos confundirlos con aquellos que hacen referencia al coraz3n. El coraz3n del hombre m3s bien está formado por el esp3ritu, el alma y el cuerpo; la suma de estos tres dan como resultado al “ser humano”. Ning3n

hombre puede ser sólo espíritu o sólo alma o sólo cuerpo, y ni siquiera dos de estos elementos combinados, sino que tienen que ser los tres.

El corazón es el “yo” del hombre, es el elemento que tiene la facultad de reflejar, adquirir, vivir, interiorizar o exteriorizar cualquiera de las funciones que en determinado momento vibran con mayor fuerza, ya sea en el espíritu, el alma o el cuerpo. Por ejemplo, algunos en el corazón pueden albergar las cosas de Dios; otros, en el corazón albergan resentimientos, y otros, en el corazón pueden albergar los deseos de la carne. El corazón, por lo tanto, es lo que deja en evidencia al verdadero “yo” del hombre; es la elección de “ser” dependiendo de lo que tengamos a la mano en cualquiera de los tres elementos que ya mencionamos. El corazón da como resultado final la expresión y la realización de todos los seres humanos.

Sabiendo Dios cómo Él mismo nos ha estructurado, Él nos pide estar y vivir en nuestro corazón. Dice **Proverbios 23:26**

— *“Dame, hijo mío, tu corazón...”.*

Dios no nos pide que le demos de manera aislada el alma o el espíritu, sino que Él quiere que le demos el corazón, es decir, todo nuestro ser. Dios sabe que el hombre es un ser complejo, que tiene muchas virtudes pero que también tiene muchos problemas. A veces nuestro corazón es el reflejo del cúmulo de problemas y traumas de nuestro pasado, o bien, a través de él evidenciamos los problemas emocionales que nos embargan en determinada etapa de nuestra vida. Dios también

sabe que en medio de todo ese caos, en nuestro corazón también surge la sed y la necesidad por Su Persona Divina. Acerca de esto, de manera magisterial, el Señor Jesús dijo:

“El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca”

(Lucas 6:45)

Todos podemos decidir qué creer, y qué ser. O bien echamos mano de nuestros traumas, amarguras y demás problemas y nos volvemos personas de mal corazón; o bien, le creemos a la fuerza que brota de nuestro espíritu donde habita Dios y nos presentamos delante de Él con un corazón limpio y puro.

Dios no quiere que lo convirtamos en un día especial de Iglesia. Si bien es cierto que es necesario congregarnos, no obstante, lo que Él quiere es ser la parte esencial de nuestra existencia, tanto en las reuniones de Iglesia, como después de salir de las reuniones. El Señor quiere estar en nuestro momento presente psicológico, es decir, Él quiere estar presente en nuestra vida en todo momento. Esto no significa que sólo pasemos pensando en Dios al punto que ni siquiera podamos trabajar porque estamos pensando en Él; o bien, que lo amemos a Él al grado de no tener amor para nuestro cónyuge o nuestros hijos. En otras palabras Dios no quiere nuestras acciones, sino nuestro ser. Lo que Él

quiere es el buen tesoro de nuestro corazón porque de allí saldrán cosas buenas.

Volviendo al pasaje que tocamos al principio: “Maestro, te seguiré a dondequiera que vayas. Jesús le dice: Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza”. Con estas palabras el Señor le estaba diciendo al escriba: “Tú me estás diciendo que me quieres seguir, pero ¿cuándo me seguirás? ¿sólo cuando tú quieras? ¿o sólo un día a la semana?”. El Señor no quiere ser un evento o una relación ocasional, Él quiere que lo hagamos parte de todo nuestro ser; Él quiere entrar y morar en nuestro corazón, ser parte de nuestra experiencia vivencial. Todos sabemos que tenemos una parte íntima en nuestro ser en la cual no hay espacio para nadie más que para el “yo”, pues, allí es donde quiere estar el Señor. ¿Qué tenemos en esa parte íntima de nuestro ser? ¿será que allí está Dios? La Biblia dice en **Mateo 15:19**

“Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias”.

¿Qué hay en nuestro corazón, suciedad o un trono para Dios? El corazón se puede convertir en un espacio egocéntrico, perverso y malicioso, sin embargo, allí es donde Dios quiere habitar. El Señor no está en contra de que usemos nuestra mente para trabajar o estudiar; usémosla para ser eficientes en lo que hacemos, pero sepamos que Él quiere algo más que nuestros pensamientos. De igual manera

tenemos los sentimientos y las emociones, sin embargo, Él tampoco está interesado en estas cosas. Él quiere el corazón, o sea, todo nuestro ser.

A este escriba el Señor le explicó que antes de poder seguirlo y caminar con Él, le era necesario darle un espacio en el cual pudiera recostar tranquilamente Su cabeza. Ahora bien, ¿Por qué nos resulta difícil darle ese espacio al Señor? Para dar respuesta a esta interrogante, usemos lo que el Señor dijo en este mismo pasaje: “Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza”.

“LAS ZORRAS TIENEN GUARIDAS...”

“Las zorras”, en la Biblia, son una figura que nos habla de la maldad y la astucia humana. Son una referencia a la naturaleza caída, a la cual le podemos dejar las puertas abiertas de par en par en nuestro corazón. Las zorras nos hablan de cuando decidimos vivir en la perversión de la carne y sus pasiones. En una ocasión el Señor Jesús le dijo al Rey Herodes que era una “zorra” (Lucas 13:32), es decir, era alguien astuto, pícaro, sigiloso, sinvergüenza, oculto, etc. ¿Cómo nos convertimos en zorras? Esto se da cuando permitimos que nuestro corazón se incline hacia toda la configuración y la corrupción de la carne. Es imposible que no tengamos malos pensamientos, pero cuando nuestra mente se vuelve calculadora y entenebrecida, y de continuo pesamos el mal, es porque nos hemos convertido en “zorras”, es decir,

nuestro corazón se configuró a la maldad y perversión de la carne. El problema es que al estar en esta condición el Señor no puede entrar a nuestro corazón. Si queremos que el Señor esté en nuestro corazón tenemos que romper con la corrupción de la carne. Póngase a pensar lo siguiente: ¿Qué sucedería si nuestro cónyuge pudiera acceder a ese espacio de nuestro yo donde están todo este tipo de pensamientos oscuros de la carne? Seguro que todos terminarían divorciándose. Todos tenemos pensamientos que no nos gustaría que nadie los supiera. En nuestra mente surgen todo tipo de pensamientos que provienen de la carne, no sólo pensamientos lascivos, sino de altivez, de enojo, de envidia, etc.

A pesar de lo sucio que pueda estar nuestro corazón, el Señor quiere habitar en ese lugar, precisamente, para eliminar las zorras. Dios quiere purificar nuestro ser, Él es el único que sabe lo que realmente somos. No nos preocupemos por agradar a los hombres haciéndoles saber lo que pasa por nuestra mente, hay cosas que únicamente las tiene que saber Dios y nosotros mismos. Si cometemos tal error de querer ser “transparentes” con todo mundo, sólo terminaremos siendo juzgados y criticados. Al único que tenemos que abrirle ese espacio es a Dios, pues, sólo Él puede tratar las “zorras” en las que se ha convertido nuestro corazón. Empecemos por abrirle nuestro corazón a Dios de una manera subjetiva, creyendo que estamos delante de Él y que queremos darle ese espacio para que Él purifique nuestro ser. Muy

posiblemente al inicio será incómodo tener al Señor en esa parte tan privada de nuestro ser. Seguramente nos sucederá como a Zaqueo, que sólo quería ver al Señor de lejos, pero Jesús se le acercó y le dijo: “hoy es necesario que yo pose en tu casa”. Cuando el Señor ya estaba adentro, en casa de Zaqueo, sucedió un milagro, la misma Presencia del Señor empezó a desnudar su corazón, empezó a ver su ambición por el dinero, empezó a ver cuánto amaba las riquezas, de modo que el arrepentimiento vino a su vida. Permitamos que esta historia suceda en nuestro ser, dejemos que el Señor entre y purifique nuestro corazón.

Esta tiene que ser la medida básica que debemos tener para que el Señor camine con nosotros y tengamos el privilegio de contar con Su compañía. Cuando esto se da empieza a surgir en nosotros un proceso de una verdadera santidad, pues, la santificación no empieza por lo externo sino por lo interno. Cuando el Señor entra a nuestra vida las zorras huyen por sí solas y surge un ambiente adecuado en el que Él se siente cómodo caminando con nosotros. Las zorras pueden ser amistades no adecuadas, amores no correctos, apegos emocionales, etc. o bien, cosas “exteriores” que son el vínculo con ciertos refugios interiores que, a lo largo del tiempo, han construido nuestro “falso yo”. Cuando le abrimos al Señor la puerta de nuestro corazón para que Él entre, justo en ese mismo momento también las pequeñas zorras empiezan a huir. Podemos perder amistades del mundo pero ganamos la amistad con Jesús. Cuando el Señor

entra a nuestro corazón empieza a surgir un proceso que sustituye lo antiguo por la Nueva Vida, que sustituye la soledad por la compañía de Jesús, que sustituye las ausencias por la llenura del Espíritu Santo. ¿Que queremos tener en nuestro corazón, zorras o la persona de Jesús?

“LAS AVES DEL CIELO TIENEN NIDOS...”

S
E
M
A
N
A
—
4
—

En muchos pasajes de la Biblia las aves son relacionadas con los espíritus inmundos. De modo que otro de los problemas del corazón es que permitimos que espíritus inmundos entren y aniden en nuestro corazón. Muchas veces creemos que los hijos de Dios no pueden tener malos espíritus, sin embargo, la Biblia nos muestra que sí puede suceder. Y es todavía más difícil identificar las aves que las zorras.

Las aves (o espíritus inmundos) son tan sagaces que es muy difícil detectarlos. Uno de los rasgos de los espíritus inmundos es que son engañosos y no les tiene cuenta quedar en evidencia ante los seres humanos. Ellos obran de manera sigilosa y desapercibida toda vez y cuando logren su objetivo. Son fugaces, rápidos, entrometidos y se camuflan de manera tan normal en nuestros pensamientos que es imposible detectar cuando obramos por la influencia demoníaca. A menudo sucede que nos sorprendemos de ciertas acciones de los hermanos o de nosotros mismos y le atribuimos la culpa a cualquier cosa, menos a creer que el hermano o nosotros estamos poseídos por espíritus inmundos.

Veamos a continuación cuáles son las evidencias de una persona que está bajo la influencia demoníaca.

Estamos bajo la influencia demoníaca cuando no es posible darle lugar al Señor en nuestro presente psicológico continuo.

Esto es fácil detectarlo. Por ejemplo, muchos hermanos vienen a las reuniones y ni siquiera pueden poner atención a la Palabra que los hermanos comparten; tampoco son capaces de recordar los coros que se cantaron en las reuniones. Algunos pensarán que estaban “despistados”, pues, es más cómodo decir eso a aceptar que están influenciados por espíritus inmundos. El presente psicológico continuo es la conciencia que tenemos en nuestro presente existencial. Dios nos creó con la capacidad de estar conscientes de lo que vivimos en nuestro presente, es decir, quiénes somos, dónde estamos, con quiénes estamos, etc. y guardar toda esta información a través de nuestra identidad.

Dios quiere morar y estar en nuestro presente psicológico continuo. La pregunta es: ¿Tiene Dios tal libertad de estar en nuestro ser o sentimos que es complicado conectar con Dios? Si podemos acceder a Dios con toda libertad, pues, sintámonos libres de una influencia demoníaca, pero si nos sucede lo contrario, entonces, sí hay espíritus que nos están afectando.

Para contrarrestar la influencia de espíritus inmundos en nuestra vida tenemos que ir ampliando nuestra comunión con Dios. Está bien, para empezar, tener un tiempo objetivo para orar contemplativamente, leer la Biblia, ir a las reuniones,

etc. sin embargo, la meta no es tener un tiempo de comunión con Dios, sino vivir en comunión con Dios. Esto es como la necesidad que tiene nuestro cuerpo de comer. Cuando comemos, el fin no es sólo saborear la comida, sino darle a nuestro cuerpo los nutrientes necesarios para que las próximas horas que no estemos comiendo tengamos la energía para vivir. La comida es un deleite, pero a la vez ésta se metaboliza en nuestro cuerpo de modo que energiza nuestro cuerpo. Así debemos hacer con nuestros ejercicios espirituales, debemos cantar, leer la Biblia, orar, etc. sabiendo que a través de esto vamos extendiendo el tiempo y el espacio que Dios quiere tener en nuestro presente psicológico continuo.

No debemos sentirnos en pecado por pensar en las cosas normales de la vida, pues, Dios es espíritu y Él quiere que lo percibamos espiritualmente. Hay momentos que sí tenemos que procesar a Dios en nuestra mente, mayormente en los tiempos objetivos que lo buscamos, sin embargo, el fin no es que pasemos todo el día “pensando” sólo en Dios, sino que sintamos que Él está en nosotros y con nosotros.

Ahora bien, si nosotros buscamos al Señor en la mañana, y después de eso no nos acordamos en lo absoluto de Él, es porque no está en nuestro corazón, sino que espíritus inmundos anidan en nuestro ser al punto de que pensamiento tras pensamiento borran la existencia de la Persona de Jesús en nuestro ser. Lo normal de nuestra relación

con el Señor debería ser como dos personas que están casadas. Todos los días el esposo, o ambos salen a trabajar y aunque no trabajen en el mismo lugar, tienen presente que están casados. Así debería sucedernos en nuestra relación con el Señor, sin embargo, hay personas que se acuerdan que son cristianos cada ocho días, es decir, sólo el día domingo. ¿Por qué les sucede esto? Porque están llenos de aves, están llenos de espíritus inmundos, sigilosamente Satanás les ha robado la dicha de tener a Dios en su presente psicológico continuo.

Estamos bajo la influencia demoníaca cuando no tenemos dominio sobre nuestra voluntad.

Tener dominio de nuestra voluntad es poder hacer lo que nos hemos propuesto. Por ejemplo, si alguien dice: “voy a orar veinte minutos”, pues, debe ser capaz de orar veinte minutos. No debería haber factor externo que nos impida hacer lo que nos hemos propuesto, a menos que estemos bajo la influencia de espíritus inmundos. Debemos tener dominio sobre todas las cosas, en especial las que nos demanda el Espíritu Santo. ¿Por qué hay personas que son incapaces de dejar el licor? Porque espíritus inmundos los incitan a beber hasta embriagarse, lo que sucede es que lo hacen de manera sigilosa.

¿Cómo estamos en nuestra vida? ¿Estamos bajo la influencia demoníaca? ¿Tenemos la capacidad de que Dios esté en nuestro presente

psicológico continuo? ¿Tenemos el control de nuestra voluntad?

Hagamos la siguiente oración:

“Te seguiré Señor a donde quiera que vayas, quiero tener el dulce privilegio de caminar contigo. Quitá las zorras de mi vida y los refugios emocionales donde me escondo, y por favor, quita las aves que invaden mi ser y los nidos desde donde ellas me dominan”.

El Señor nos contesta:

“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”

(Apocalipsis 3:20)